



# La distancia del agua

*Novela · Fanal*




# La distancia del agua

*Novela*

---

Fanal

*Un proyecto de Cintia Fritz*



Parte I — El cruce

## Capítulo 1

La lancha salió a las seis de la mañana con cuatro personas y un cajón de naranjas que olía todavía a tierra mojada. Inés Castellanos era la única que no conocía el río.

Se había sentado en la proa porque desde la proa se veía hacia adelante y ella tenía la costumbre, cuando entraba a un lugar nuevo, de mirarlo de frente para prepararse. Los otros tres pasajeros eran hombres que no se hablaban entre sí con la comodidad de quienes comparten un silencio tan antiguo que ya no necesita justificación. Uno de ellos, el más joven, la había mirado cuando subió. Después no la volvió a mirar. Eso también era una forma de cortesía.

El Paraná, a esa hora, era una cosa gris y ancha que no terminaba de decidir su color. En la orilla del pueblo las casas se veían todavía con sus luces encendidas, pequeñas y amarillas contra el cielo que empezaba apenas a aclararse. Inés las miró hasta que la lancha dobló en un recodo y desaparecieron. Sintió algo que no era exactamente tristeza. Había soltado algo que no podía retener.

Llevaba en el bolso una carta del señor Larralde, tres libros y la ropa justa para dos semanas. Había acordado con su padre volver los domingos. Su padre había dicho que estaba bien, que era un arreglo razonable, y había dicho esas palabras con el tono de quien aprueba algo que en realidad lo inquieta pero no sabe cómo decirlo sin parecer irracional.

La carta del señor Larralde era breve.

Tres párrafos en una letra apretada y regular que sugería un hombre acostumbrado a escribir lo necesario y no más. Le informaba la hora de la lancha, el nombre del capataz que la recibiría en el embarcadero de la isla, y las condiciones del arreglo: clases de lunes a viernes para Nicolás, nueve años, en las materias que la señorita Castellanos considerara convenientes según su criterio. Esa última frase la había leído varias veces. Según su criterio. Era una frase que le daba libertad y al mismo tiempo le exigía tenerla, y no todo el mundo entendía que esas dos cosas no son lo mismo.

El río se fue abriendo a medida que avanzaban. Lo que desde la orilla parecía ancho se reveló enorme, una extensión de agua marrón y quieta que sin embargo se movía, que tenía corrientes visibles en la superficie como conversaciones que ocurrían justo debajo. A los costados empezaron a aparecer las islas: primero como sombras bajas en el horizonte, después como masas de vegetación densa y verde oscuro que se recortaban contra el cielo con una precisión que a Inés le pareció casi deliberada. Los sauces llegaban hasta el agua. En algunos lugares el agua llegaba hasta los sauces y era imposible saber dónde terminaba una cosa y empezaba la otra.

Inés había nacido en Gualeguaychú y había vivido toda su vida a orillas del río, pero no había cruzado nunca al lado de las islas. Las islas eran el lugar donde vivían los que tenían estancias o los que no tenían nada, y su familia pertenecía a esa franja intermedia que no necesita cruzar porque tiene todo lo que necesita en la orilla, que es también una manera de decir que no tiene nada que buscar del otro lado.

La oportunidad había llegado a través de la señora Iriarte, que conocía a los Larralde desde antes de que el señor Larralde enviudara y que había pensado en Inés porque, según dijo, era la muchacha más preparada del pueblo y además tenía buen carácter, que era la manera en que la señora Iriarte decía que Inés sabía callarse cuando era necesario. Inés no lo había tomado como un elogio pero tampoco como un insulto. Era una descripción razonablemente exacta.

Lo que la señora Iriarte no había dicho, porque probablemente no lo sabía o no lo consideraba relevante, era que Nicolás Larralde llevaba dos años sin querer aprender nada de ningún maestro que le hubieran puesto delante, y que los maestros anteriores habían durado en promedio tres meses. Eso Inés lo había averiguado por su cuenta, con el mismo silencio atento con el que averiguaba todo lo que necesitaba saber: escuchando las conversaciones que ocurrían cerca de ella bajo el supuesto, tan frecuente como erróneo, de que una mujer que no habla no está prestando atención.

La lancha redujo la velocidad. El lanchero, un hombre de espaldas anchas que había manejado todo el trayecto sin pronunciar una palabra, señaló hacia la derecha con un gesto mínimo de la cabeza. Inés miró en esa dirección y vio el embarcadero: una estructura de madera oscura que se internaba unos metros en el agua, con un sauce enorme en la orilla cuyas ramas tocaban la superficie del río como si estuviera bebiendo.

Junto al sauce había un hombre de pie que la miraba acercarse.

No era el capataz. Inés lo supo antes de poder explicar cómo lo supo. Era demasiado quieto para ser alguien que espera por obligación.

La lancha amarró. Inés tomó su bolso y bajó sin esperar ayuda. El tablón del embarcadero sonó hueco bajo sus pies. Se acercó al hombre y él no se movió, dejó que ella recorriera la distancia.

—Señorita Castellanos —dijo.

—Señor Larralde —dijo ella.

Ninguno de los dos extendió la mano. Fue una fracción de segundo en que esa posibilidad existió y después no existió más, y los dos lo notaron.

Larralde tenía una cara que había sido joven en otro tiempo y que ahora era otra cosa, no vieja sino formada, como la madera que lleva mucho tiempo a la intemperie y adquiere una textura que la madera nueva no tiene. Los ojos eran claros, más claros de lo que Inés había esperado, y la miraron con una atención directa que no era descortesía sino todo lo contrario: la clase de atención que se le presta a algo que merece ser visto.

—El arreglo con su padre fue por dos semanas —dijo Larralde—. Si después quiere seguir, hablamos.

—Entendido —dijo Inés.

—Nicolás está en la casa. —Hizo una pausa breve, del largo exacto de una advertencia—. Cuando quiera.

Larralde la miró un momento sin decir nada. Después algo en su cara cambió levemente, no llegó a ser una sonrisa pero fue en esa dirección.

—Le dijeron bien —dijo.

Echó a caminar por el sendero que subía desde el embarcadero hacia la casa y ella lo siguió.

El sauce los cubrió un momento con su sombra fría y húmeda, y después quedaron al sol, un sol de mañana temprana que todavía no pesaba. A los lados del sendero el monte era denso y verde y olía a algo que Inés no supo nombrar de inmediato: tierra, agua, una especie de fermentación dulce que era el olor propio de la isla, el olor de un lugar que vive más cerca del agua que de la tierra firme y que ha encontrado en esa condición precaria su manera de existir.

La casa apareció al final del sendero.

Era grande, de madera oscura con galerías en tres de sus lados, construida sobre pilotes que la elevaban del suelo como si supiera que el río iba a subir alguna vez y hubiera decidido, con anticipación y sin drama, estar lista. Tenía la solidez de las cosas que no necesitan demostrar nada.

Inés se detuvo un momento sin querer.

—¿Alguna vez el río llegó hasta aquí? —preguntó.

Larralde también se detuvo. Miró la casa como si la viera desde afuera por primera vez.

—En el veintidós llegó hasta la galería —dijo—. Mi mujer puso sillas ahí y estuvo mirando el agua toda una tarde.

Lo dijo con la naturalidad de quien cuenta un hecho. Pero era la primera vez que mencionaba a su mujer y los dos lo sabían.

Siguieron caminando.

En la galería delantera, sentado en el piso con las piernas cruzadas y un palo en la mano con el que dibujaba algo en la madera, había un chico de nueve años que no levantó la vista cuando llegaron.

—Nicolás —dijo Larralde.

El chico no respondió.

—Nicolás.

—Ya sé —dijo el chico, sin levantar la vista—. Es la maestra nueva.

Inés miró al chico. Después miró a Larralde. Larralde tenía una expresión que era cansancio y algo que Inés no supo leer todavía.

—Buenos días, Nicolás —dijo Inés.

El chico levantó la vista. La miró con unos ojos claros, iguales a los de su padre, y en esa mirada había una evaluación en curso, rápida y sin disimulo, la mirada de alguien que ha aprendido a decidir rápido si vale la pena o no.

—¿Sabe nadar? —preguntó el chico.

—No —dijo Inés.

El chico volvió a bajar la vista hacia su dibujo.

—Entonces no sabe nada importante —dijo.

Larralde abrió la boca. Inés levantó levemente la mano, un gesto pequeño que él vio y que lo detuvo.

—Puede ser —dijo Inés—. Por eso vine a la isla.

El chico no respondió. Pero dejó de dibujar.





© 2026 Cintia Fritz / Fanal

Todos los derechos reservados.

Prohibida su reproducción total o parcial  
sin autorización expresa de la autora.

*fanal.com.ar*